

son, encontró en el "devenir" de Heráclito la principal fuente creadora de su pensamiento, así como en la intuición uno de los medios más seguros para llegar al conocimiento. Creyó que la crítica debería ser el reflejo de esa incesante movilidad del universo y de esa inestabilidad de las pasiones y de los sentimientos que en los tiempos modernos ha originado sistemas filosóficos de la amplitud del hegelianismo, del marxismo y del pragmatismo. Sin embargo, sus ideas acerca del "devenir" como fuente de creación tienen la natural circunspección impuesta por los sistemas racionalistas que oponen la razón como fuente del conocimiento, al "devenir" como fuente de creación. Dentro de estas dos grandes corrientes de la filosofía moderna —la tendencia del racionalismo, de un lado, y la tendencia de la creación, del otro— la crítica de Albert Thibaudet ha elegido una posición imparcial, tratando de armonizar el antagonismo reinante entre creación y conocimiento y utilizando asimismo el sentido humanista de la filosofía de la creación y el sentido lógico y tradicional del racionalismo. En esta forma, sin dejar de reconocer los aportes de la razón, Albert Thibaudet ha enriquecido las tendencias filosóficas modernas y enaltecido la crítica al aplicar en sus estudios los ingeniosos métodos intuicionistas de Bergson y al buscar siempre elementos nuevos en la infinita variedad y movilidad de las cosas humanas.

Samuel Syro

---

#### ANAKREONTOS ODAI

La cultura que antes y después de Jesucristo floreció en el Asia Menor y el Archipiélago, no cede ventajas a la que se desarrolló en la primitiva Hélade peninsular. Uno de los centros de difusión de aquel florecimiento fue la comarca jonia, cuyo dialecto se prestaba mucho a la entonación épica no menos que a las cadencias de la lírica por sus cualidades armó-

niosas (1). En esa forma dialectal cantaron Hesíodo y Homero, escribió Heródoto sus relatos, enseñó Teognis y moduló sus odas festivas Anacreonte de Teos. La privanza que ganó éste en la corte de Policrates debíase a las prendas de su ingenio jovial, tan difícil de ser imitado como traducido. Por tal razón es muy de alabar el propósito que ha puesto en ejecución Fray Gregorio Arcila Robledo al trasladar algunos selectos epigramas de Anacreonte para regalo y provecho de cuantos amen todavía acá en Colombia los ejercicios clásicos. Tuvo el acierto de dar a las piezas vertidas el nombre de idilios, que es decir breves cuadros literarios en verso, comparables a los que el arte pictórico moderno llama apuntes y acuarelas, o caprichos el arte musical.

No yerra el Padre Arcila cuando juzga el castellano lengua aptísima para verter en ella el griego. Estuvo también muy afortunado al emplear nuestras medidas cortas, que se aproximan a los metros de arte menor que usó el poeta heleno-asiático, del cual hace el traductor un previo estudio que revela vasta información documental, del propio modo que los traslados hechos demuestran un dominio de la lengua originaria, no inferior al que poseen otros helenistas patrios como José de la Cruz Herrera, Francisco M. Rengifo, el Padre Félix Restrepo y Manuel Casas Manrique.

Entre las piezas traducidas, cuatro son las que nos han interesado más. Una de ellas está dedicada a la flor predilecta de Cipris y las Musas. La poetisa de Lesbos la había elogiado en estrofas de su invención, que interpretadas dignamente por Mrs. Barrett Browning en la edad contemporánea, son análogas a los idilios V y VI del viejo de Clazómenas. De entonces a hoy han remedado aquellas loanzas muchos vates como el galo Ausonio en la tercera centuria cristiana, y un milenio más tarde el persa Hafiz, autor de varias kasidas laudatorias del lujoso ornamento vegetal que alegró en todos tiempos los vergeles iraníes.

La versión de *La Primavera* es digna de alto encomio. Ahí el lenguaje romance deja oír notas que hubieran vibrado me-

lodosamente en las cuerdas pulsadas por el favorito del príncipe de Samos.

El idilio XXII es joya de la literatura universal. Un árbol a la orilla de recóndito arroyuelo inspiró al cantor ocho versos yámbicos donde concurren a producir el mayor efecto artístico la sombra, el movimiento y murmullo del ramaje y del agua, que convida al reposo halagando la vista y el oído juntamente. La idea última va expresada con solas dos palabras griegas: *reusa peithus*, "hace correr la persuasión". Admirable síntesis que nuestras lenguas diluyen dentro de un concepto parafrásico.

De menor importancia es el apóstrofe a la golondrina. Con igual tema fue más feliz Eveno de Paros, a quien Meleagro citó en su *Antología*. Mayor inspiración hay en los yambos dirigidos a la cigarra, "mensajera del estío". El hemíptero que regocijó en remotos siglos las campiñas de Grecia, gozó de las simpatías del versista teyano, para quien la naturaleza y la vida tuvieron atractivos inagotables. La alegría de vivir —que diría un moderno— declarada ingenuamente, sin la vehemencia de Ibico ni la profundidad de Safo, pero sí con una gracia que fue dote singular del numen anacreóntico, es lo que distingue el género llamado con igual denominación. Los alejandrinos fueron quienes mejor lo cultivaron siguiendo muy de cerca al modelo y aun abusando de sus asuntos preferidos: de tal manera que el idílico Eros vino a quedar desfigurado por los versificadores de la decadencia helenística. Hubo incontables Cupidos de pacotilla, según advierte Paul de Saint-Victor.

Aquel donaire que poetiza con agilidad semejante a la de una mariposa de flor en flor, reapareció al cabo de largo tiempo de olvido. Charly Clerc observa que el año 1551, en que el impresor Henri Entienne editó el florilegio típico de Anacreonte, es fecha inaugural que señala el influjo del estro antiguo en la poesía francesa. Ronsard, como precursor del período romántico, fue el primero en imitarle; y trescientos años después Leconte de Lisle siguió su ejemplo entre los par-

nasianos. Ultimamente la crítica bibliográfica encabezada por Gidel y continuada por Labbé, puso en tela de juicio la autenticidad de las composiciones atribuidas al jonio. Pero de todas maneras el espíritu del poeta original ha subsistido hasta los días recientes.

Vayan, pues, nuestros plácemes al esmerado traductor de dieciocho odas anacreónticas escogidas con la misma discreción que mucho antes se ejercitó en la lírica de Horacio. Debemos admirar la diversidad de talentos de Fray Gregorio, ya ocupados en labores científicas, ora en pesquisas históricas y en trabajos humanísticos. Muy sabido es que en nuestro pequeño mundo intelectual suele mirarse de reojo a quien ejerce actividades múltiples, como si cada hombre culto estuviese aquí obligado a limitar en corto espacio el vuelo de su inteligencia. Veamos qué ha sucedido a este respecto en otros lugares y épocas, empezando por la antigüedad, que nos propone a Pitágoras, filósofo, moralista y geómetra; al Estagirita, por igual versado en las indagaciones metafísicas que en las naturales, políticas y estéticas; al sapiente Varrón, que así escandía como daba reglas de economía doméstica y normas para el laboreo de los campos. La fecunda Edad Media celebró a Rogerio Bacón, monje franciscano del Doscientos, tan buen teólogo cuanto perito en cronología, en física, en química, en metalurgia. La edad siguiente nos exhibe una legión de renacentistas, "hombres de muchas almas", y en seguida el período contemporáneo fatiga la memoria con el recuento de numerosos personajes doctísimos en no pocas materias. Leibnitz escudriñó problemas cosmológicos, discurrió sobre cuestiones jurídicas, psicológicas, históricas y morales, e inventó el cálculo diferencial. Jovellanos fue dramaturgo, poeta satírico, cronista de arte, economista, legista, sociólogo, geógrafo. El cardenal Wiseman dominó las ciencias eclesiásticas, la arqueología, la lingüística, y aun ganó fama como escritor de la *Fabiola*. Ozanam, Disraeli, Ruskin, Braga, brillaron en calidad de polígrafos (apelativo bien diverso de grafómanos). En la hora actual no puede callarse la mención del Abate Moreaux,



cuyos vastos conocimientos asombran si se trata de astronomía, si de matemáticas sublimes, si de historia natural, si de lenguas sabias o de literatura preceptiva. En América don Andrés Bello gozó renombre de gramático, internacionalista, poeta y orador académico. Pero en los anaqueles de la Biblioteca Nacional podrá el curioso descubrir una larga serie de volúmenes atañedores a muchos otros ramos del saber humano abarcados por Bello. Entre nosotros Uribe Angel, Guerra Azuola, Zerda, Tulio Ospina, el Canónigo Joaquín Gómez Otero, Carlos Cuervo Márquez, Miguel Triana, López de Mesa, merecen citarse por la consagración a diversas disciplinas que les han dado puesto eximio en las ciencias o en el campo de las letras.

No les va en zaga el P. Arcila para honra de la ilustre Orden que siglos ha vio coronadas las sienas de Fray Pacífico por manos imperiales en la Academia de Palermo. El religioso colombiano ha ido a segar lauros más lejos, en los jardines del helenismo. Las voces que allí escuchó nos son ahora transmitidas por él en acentos hispánicos, los cuales dejan comprender algo del alma antigua, que si estuvo distanciada del Evangelio, supo, en cambio, crear el idioma cuyas modulaciones sirvieron para difundir por el orbe pagano el venturoso mensaje de Cristo.

Juan C. García, Pbro.  
Miembro correspondiente de la Real  
Academia Española.

(1) El griego jónico se distingue por la frecuencia de vocales largas, la escasez de contracciones y la relativa falta de sonidos aspirados.

#### UN ROSARISTA ILUSTRE

#### EL ARZOBISPO HERRAN

Una de las labores de los historiadores es la de reconstruir, por medio del estudio de los documentos, las vidas de las personas que en épocas lejanas cumplieron a cabalidad con sus obligaciones, para que el conocimiento de esas vidas sea un ejemplo y un guía a las futuras generaciones, y para que todos sepamos apreciar la labor que nos dejaron nuestros mayores.

Pero, como en alguna ocasión dijo Monseñor Castro Silva, "el paso de un día es un velo impalpable que envuelve las vidas humanas, pero tan tenue y traslúcido que al parecer no les roba claridad ni apariencias; pero incansable y sucesivamente otros y otros velos no menos diáfanos van acumulándose, de suerte que al cabo se esfuman las diferencias, sobreviene la confusión, y al registrar lo pretérito prescindimos de todo detalle individualizante."

Por esta razón al cabo de algunos años, personas que desempeñaron importante papel en su época, apenas son conocidas por unos cuantos eruditos y de una manera extremadamente vaga.

Uno de los más insignes prelados que ciñeron la Mitra Metropolitana en el siglo XIX fue, sin duda, don Antonio Herrán y Zaldúa; pero, para la inmensa mayoría de los colombianos, su labor es completamente desconocida y se sabe apenas qué empleos desempeñó, y las fechas más importantes de su vida.

Nació don Antonio Herrán en la villa de San Bartolomé de Honda, el 11 de febrero de 1797, y era hijo legítimo del es-